V

Los Franciscanos españoles.—Relato de las matanzas de Damasco.

A este punto llegábamos en nuestra conversación con el negro Antonio, cuando Fr. Liévin vino á buscarnos para conducirnos al diván. Esperábanos allí el Padre presidente, quien, como sus frailes, era español. Fué concedido este convento á los religiosos de la nación española, en premio de los servicios especiales hechos por ellos á Tierra Santa. Recibimos de él una cordial acogida: nos felicitó por nuestra peregrinación, nos habló de Jerusalén, de los Lugares Santos, y especialmente de Damasco, cuya parroquia había dirigido después de la sangrienta tragedia de 1860, llamada justamente por M. de Vogüé *el San Bartolomé* musulmán.

Estaba decretado — nos decía — que las matanzas de los cristianos coincidieran y se llevasen á cabo en las tres ciudades santas del islamismo en Siria: Jerusalén, Alepo y Damasco. Los proyectos que se tramaban no eran para nadie un misterio: al menor pretexto debia pasarse todo á fuego y sangre.

La energía de los gobernadores de Alepo y Jerusalén, bajo la vigilante mirada de los cuerpos consulares, desvió de ambas ciudades la tormenta que fué á desencadenarse sobre la infortunada Damasco. Perdimos allí todos nuestros religiosos, de los cuales seis eran españoles, dos italianos y uno alemán. Las hordas salvajes penetraron en nuestra iglesia, llena en aquellos momentos de fieles que habían buscado en ella un asilo y protección. El P. Carmelo, que ejercía las funciones de párroco, era muy conocido y estimado en la ciudad. Detenidos por una especie de respeto, no se atrevieron al principio aquellos fanáticos á poner las manos sobre él, y le propusieron si quería abrazar con los suyos la religión de su profeta Mahoma. Al oir esta proposición, gritaron todos á la vez que preferían la muerte á la apostasía. A lo que replicaron los asesinos:

—Es preciso que concluyamos presto; vuestra muerte es cosa resuelta si no os hacéis musulmanes.

Los cristianos, dispuestos ya con los santos sacramentos de Penitencia y Comunión, respondieron unánimemente:

—¡Antes morir!

Entonces el jefe de los satélites dijo al párroco.

—Te concedo la última gracia: ¿en dónde prefieres morir?

—*Aquí*,—dijo el religioso.

Entonces, tomando el libro de los Evangelios y aplicándolo contra el pecho, puso la cabeza, como Tomás de Cantorbery, sobre el ara sagrada del altar, y se descargó sobre él el golpe fatal.

Los cristianos, á ejemplo de su Pastor, ofrecieron sin resistencia sus cabezas á los yataganes de los drusos, y al poco tiempo el incendio vino á consumir los restos de esta grande inmolación...

Ocho días después, el P. Bernardo de Orleans recibió de un fiel amigo, el doctor Smania, que venía de Damasco adonde había sido enviado para curar los heridos, los restos del Evangelio sobre el cual el ardiente misionero había recogido la palma del martirio; y, coincidencia extraordinaria, era el pasaje del *Buen Pastor* que da la vida por sus ovejas. Una sola parte de las hojas había sido quemada; la otra, teñida con la sangre de la víctima, tan roja aún como en la hora del martirio, había sido respetada por las llamas.

—En las humeantes ruinas—añadió el Padre—recogimos las reliquias de los confesores de la fe; y tan pronto como nos fué posible, trabajamos en la restauración de nuestra iglesia y convento con las indemnizaciones exigidas del gobierno otomano por la Francia.

VI

Vicisitudes de Ramleh.

La conversación rodó en seguida sobre Ramleh y el convento franciscano, página de historia que yo resumo aquí dejándole, sin embargo, su sencillez y su propio color.

Ramleh, linda aunque pequeña población de unos seis mil habitantes, de los cuales como un ciento son católicos, es la antigua Arimathea, patria, por consiguiente, de José y Nico-

demo, que tuvieron la inefable dicha de dar sepultura al cuerpo de Cristo. En 1099 la ocuparon los Cruzados, sin necesidad de combate, cuando caminaban con rápida marcha hacia Jerusalén. El terror que habían infundido sus armas en los moradores fué tal, que la hallaron completamente desierta, aunque abastecida de grandes provisiones abandonadas por los musulmanes en su precipitada fuga. La fertilidad del país que la rodea y las riquezas dejadas en la ciudad, determinaron á los guerreros de Godofredo á tomar posesión definitiva de ella. La embellecieron con suntuosos edificios, con magníficos templos, de tal suerte, que en 1150 era citada por un autor de aquel tiempo como la ciudad más importante de Palestina después de Jerusalén.

Cuando los Cruzados perdieron la Tierra Santa, los Hijos de San Francisco echaron los cimientos de un pequeño hospicio destinado á los pobres y peregrinos, en medio de las ruinas de un célebre monasterio ocupado por los latinos. En 1420, Felipe de Borgoña, gran bienhechor de los Lugares Santos, compró en el mismo recinto diversas casas de las que les hizo donación. Esta liberalidad les permitió engrandecer algún tanto la fábrica, hasta que en 1661 obtuvieron del gobernador Hassán-Bajá, que les tenía en grande aprecio, la plena autorización para terminar el convento.

VII

El taller de Nicodemo.—El Crucifijo milagroso.

Existe una capilla en el lugar que ocupaba la casa y taller de Nicodemo, allí mismo en donde, según tradición, trabajó el maravilloso Cristo al que va ligada una doble y graciosa leyenda.

Después de la Ascensión del Señor, quiso el fiel discípulo reproducir de memoria la figura de Jesucristo crucificado. Había ya tallado en madera la cruz y el busto; pero cuando se esforzaba en grabar los rasgos de su divino modelo quedó dormido. Al despertar, encontró la sagrada cabeza esculpida, y acabada su obra por una mano celestial. En el reinado de Balduino, hallándose el crucifijo en peligro de ser profanado por

los infieles, fué confiado á las olas del mar, que lo condujeron milagrosamente á las playas de Italia. Recogieron los cristianos la preciosa imagen, que transportaron más tarde á la catedral de Luca, donde se venera todavía bajo el título de *Sacro Volto*.

VIII

Heroismo de un turco.

De la leyenda volvamos á la historia. En 1799, época del funesto tránsito del ejército francés por Siria, el convento de Ramleh fué convertido en vivac del Estado Mayor, y la iglesia en hospital para los heridos. El mismo Bonaparte se alojó en el convento, en donde se conserva todavía la cámara por él habitada y el lecho en que durmió. Esta caridad les valió á los frailes menores el ser robados después, saqueados y perseguidos por los musulmanes.

La aparición de Napoleón en Palestina fué como un fluido eléctrico que comunicó el fuego de la insurrección á todos aquellos países. Los árabes, furiosos por el daño causado á sus tierras, se levantaron todos en masa; y semejantes á una nube de langostas que por su número obscurece el sol y no deja tras de sí ni una brizna de hierba, llevaron á todas partes la ruina y el exterminio.

El 15 de Marzo asaltaron el hospicio y lo saquearon, de tal suerte, que sólo dejaron de él sus desnudas paredes, que por su solidez resistieron á sus golpes. Los religiosos tuvieron que buscar en la fuga su salvación. Sólo dos de ellos fueron espectadores de aquel trágico suceso. El uno fué cogido y asesinado inmediatamente por los insurrectos, y el otro logró felizmente saltar por el muro del jardín. Perseguido al punto por los árabes con las armas en la mano, fué huyendo de ellos por la ciudad sin saber á dónde dirigir sus pasos. Después de haber dado muchas vueltas por una y otra parte, se detuvo bruscamente delante de un turco á quien reconoció, por ser el carretero del convento, y le pidió asilo. El turco se lo concedió. Su casa no era otra cosa que un miserable cortijo en donde los animales tenían la habitación común con sus dueños. Con todo eso, se

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

hallaba en un rincón un grueso tronco y allí ocultó al fugitivo. Apenas hubo éste tomado posesión de su refugio, cuando entran los verdugos reclamando su víctima. Dirígense al dueño de la casa, y con voz terrible le dicen: —«¡También tú das la mano á los franceses! ¿En dónde está el religioso que acaba de entrar en tu casa?» El generoso huésped negó absolutamente haberle visto. Enfurecidos aún más los agresores con esta respuesta, se arrojan sobre él, le hieren horriblemente el rostro, le derriban en tierra, le pisotean con crueldad y le amenazan finalmente con la muerte si no descubre al instante á quien buscan.

El turco, firme en su resolución é inaccesible al miedo y á los tormentos, opone la misma negativa. Los árabes, llegando ya al paroxismo de su cólera, le agarran, le degüellan y le parten en pedazos. ¡Así pereció aquel hombre víctima de su fidelidad, tanto más extraordinaria cuanto que no tuvo por estímulo ni los aplausos de las turbas ni aun siquiera las promesas alucinadoras de la gloria!... ¿Qué evocación histórica podría competir en honor y heroismo con este hecho, digno de registrarse en los anales de los mártires? La mujer del desventurado musulmán no fué menos admirable. Cómplice con él del secreto, sufrió, antes que descubrirlo, el ver sacrificar á su marido delante de sus propios ojos. Reconocida la Custodia de Tierra Santa á este hecho tan caritativo, no se ha olvidado jamás de la familia del carruajero, á la que tiene asignada una pensión anual, que no ha cesado de pagarle hasta el presente.

Este conmovedor episodio puso fin á la velada. Nos despedimos de los Padres, y el buen Antonio nos condujo á una habitación, en la que encontramos buenas camas, cortinas y sábanas blanquísimas, gran lujo para la Judea. Terminadas nuestras oraciones, dormimos apaciblemente bajo el hospitalario techo de los Franciscanos, donde todos los cuidados se olvidan.

No había aún aparecido la aurora cuando ya estábamos en pié. Oimos la misa en la devota capilla dedicada á San Nicodemo, y después de desayunarnos dimos las gracias á los religiosos por los cuidados y atenciones de que habíamos sido objeto. Nos bendijeron con las bendiciones apropiadas á los caminantes, nos desearon un feliz viaje y se despidieron, finalmente, de nosotros hasta volvernos á ver.

IX

La aldea de los racimos.

Son las siete; el sol brilla risueño sobre el azulado cielo; el oasis de Ramleh con sus olivos, sus higueras, sus filas de gigantescos cactus, sus elevadas palmeras y su torre de los Cuarenta Mártires, aparece con toda su gracia oriental. Después de saludarla por última vez, nos lanzamos presurosos y palpitando de emoción por el camino de Jerusalén, que recorrimos en nueve horas. Este camino pasa por ser uno de los mejores de Palestina. Los coches corren por él con vertiginosa velocidad. Tales vehículos están muy lejos de ser cómodos y agradables, y sería más exacto para su mayor parte el llamarles calesas ú otra cosa cualquiera menos coches. Sin embargo, su utilidad es muy grande, pues libran á los peregrinos que no tienen costumbre de andar á caballo de una de las más grandes incomodidades del viaje.

En la Judea el suelo estéril está lindando con el fértil, las alturas parduscas con los campos llenos de verdor. Apenas se atraviesa la llanura de Sarón y se pasan las primeras ondulaciones de las montañas amenizadas aún por el verdor de los árboles y los mil colores de las flores que las esmaltan, se penetra en seguida en estrechos valles, se costean abismos profundos, se trepa por pedregosas pendientes y se pierde, finalmente, entre empinadas rocas calcinadas por un sol abrasador.

Una perspectiva menos severa nos sorprende repentinamente: llegamos á San Jeremías, designada en la Biblia con el nombre de *Kariath-Yarin* y más tarde con el de *Kariath-el-Enab*, ciudad de los racimos, y que conserva algún vestigio de su fertilidad antigua.

San Jeremías, situado en un fresco vallecito lleno de árboles frutales, tiene en su denominación no sé qué de misterioso y de patético que hace latir el corazón. Este sitio no es, sin embargo, el lugar del nacimiento del santo Profeta de las Lamentaciones que vió la luz en Anathot, como él mismo lo dice, sino que debe su nombre á una iglesia erigida por los Cruzados.

Después de la guerra de exterminio que arrojó para siempre

á los francos de la Palestina y no dejó en pie ninguno de tantos y tan gloriosos monumentos como habían levantado, quedó encomendada á los pobres Franciscanos la ruda y peligrosa misión de reparar tales desastres, reedificando los edificios que la rabia de los musulmanes había derribado.

X

La iglesia de los Cruzados.—El Kan de los camelleros. El salteador Abou Gosh.

En 1392 emprendieron la restauración de la iglesia de San Jeremías, y la llevaron á cabo sin alterar en lo más mínimo su estilo y ornamentación. Este tacto y prudencia son superiores á toda alabanza, pues nos proporcionan aun hoy dia el indescriptible placer de contemplarla en sus bellas proporciones y en su arquitectura primitiva. A su lado establecieron, como un oasis en el desierto, un hospicio para los peregrinos. Era tanto más necesario este caritativo asilo, cuanto que en el largo trayecto de Ramleh á Jerusalén no existía ni un abrigo, ni un refugio siquiera para el viajero retrasado ó perseguido. Pero desgraciadamente tuvo que abandonarse en 1490. Una noche, ¡noche horrible!, los árabes, poseídos de uno de esos accesos de fanatismo que nada respetan, penetraron á viva fuerza en el convento, arrancaron de él los nueve religiosos que formaban aquella pequeña familia Franciscana, y después de encender los hornos de cocer pan de aquella aldea, arrojaron en ellos las inocentes víctimas. Ningún amigo fué testigo de su sacrificio, ninguna mano piadosa recogió sus cenizas; pero los ángeles estuvieron allí para sostenerlos en la pelea, para distribuirles las palmas del martirio y conducirlos al triunfo.

No contentos de haber quitado al país sus bienhechores por un medio tan cruel, los musulmanes prohibieron para lo sucesivo que la comunidad se restaurase, y para mejor impedirlo destruyeron la morada de los Franciscanos y emplearon sus materiales en la construcción de sus propias casas, no dejando de ella ni el menor vestigio. Es un verdadero milagro que la iglesia haya quedado en pie y no haya seguido sino en parte las tristes vicisitudes del convento al que estaba aneja. Se compone de tres naves terminadas por tres ábsides sostenidos por sólidos pilares. Se ven aún en los muros numerosos restos de frescos que parecen pertenecer al arte bizantino. Las ventanas, así superiores como inferiores, son bajas, estrechas y completamente romanas. Del interior del monumento, y por una puerta abierta en el muro, se baja á la cripta, que tiene, como la iglesia, otras tres naves con sus ábsides correspondientes. Está también adornada con pinturas. Las observaciones de Fr. Liévin le llevan á creer que encierra una fuente, pues ha visto correr allí una agua muy cristalina.

«La iglesia de San Jeremías, dice M. de Vogüé, es la única para la historia de los francos en Palestina. A pesar de sus graves deterioraciones, ha luchado victoriosamente contra los hombres y los tiempos, y atestigua en alto grado los esfuerzos de los que trabajaron en ella. Por espacio de tres siglos sirvieron sus bellas naves de *kan* á los camelleros y acemileros del país.»

En el día pertenece á Francia, que la ha recibido del Gobierno otomano á título de indemnización por los derechos arrebatados á los Padres de Tierra Santa sobre la iglesia de San Jorge de Lydda. ¡Cuánto sería de desear que una mano generosa proveyese á la restauración de tan venerable edificio, cuyos elocuentes muros parecen resonar aún con los más conmovedores acentos de los Profetas, y contar á los transeuntes las caritativas obras de los Hijos de San Francisco!

San Jeremías es conocido más comúnmente con el nombre de Abou-Gosh, tomado del legendario jeque que á principios de este siglo llenó de terror el país por sus depredaciones y asesinatos. De simple caudillo de lugar, Abou-Gosh vino á constituirse en jefe de bandoleros y á hacerse casi rey de su país. Ufano con la supremacia militar que había adquirido sobre las tribus vecinas, se reía de los soldados del bajá enviados contra él. Interceptaba los caminos, arrestaba, detenía á los transeuntes, multiplicaba los robos, los asesinatos, y veía engruesar cada día más su tesoro con los despojos de los viajeros y los impuestos que exigia á las caravanas. ¡Desgraciado el peregrino que no tenía con que pagar su pasaje ó que quería escapar de esta bárbara exacción!...

Cierto día atravesaban algunos frailes menores el desfiladero de las montañas que llevan á Jerusalén; el terrible Abou-Gosh les sale al encuentro, les invita con cortesía á que entren en su casa, los trata espléndidamente, mata en honor suyo las más delicadas bestias de su rebaño y los regala con exquisitos manjares...

Al mismo tiempo enviaba un mensajero al Padre Procurador de Tierra Santa, que se hallaba en Jerusalén, para que le diese aviso de que había apresado dos ó tres frailes, y que los tenía metidos en un horno con la leña ya preparada para abrasarlos vivos, si es que no le remitía inmediatamente una bolsa llena de dinero. Fácilmente se puede imaginar la diligencia con que el buen Padre le mandó el rescate que debía salvar la vida á sus hermanos, y pagar las gentilezas de Abou-Gosh, del cual ha hecho la indulgente imaginación de Lamartine, según la picante observación de M. de Vogüé, *un príncipe magnífico.*

XI

Del oasis al desierto.—El grito del peregrino.

Saliendo de Abou-Gosh, se penetra en una tierra completamente árida; cuanto más se avanza, tanto más triste y deplorable se presenta aquel solitario yermo, hasta que llega á desaparecer por completo todo árbol, todo verdor, todo musgo. Este es el desierto del que dijo Chateaubriand, «que parece respirar aún las grandezas de Jehová y los horrores de la muerte.» Tal espectáculo, lejos de abatir el ánimo, lo eleva y lo conmueve, recordándole aquella profecía cumplida con tanta exactitud: «Hasta el extranjero que vendrá de lejos se asombrará de la miseria esparcida por este país.» Aquí y allá aparecen ruinas ocultas en su mayor parte bajo el suelo, y miserables lugarejos sobre los cuales se ciernen grandes recuerdos bíblicos. Estos recuerdos los evocaba Fr. Liévin con un á propósito, un interés y un atractivo inexplicables. Su conversación era un libro que se renovaba sin cesar con pensamientos y colores nuevos, según las localidades que atravesábamos. Dichosos los peregrinos que pueden gozar con mayor intimidad

de tal guía, «el más amable de los Franciscanos», según la expresión agradecida de un viajero, hombre de mundo.

Continuamos subiendo y bajando sin cambiar de horizonte. Apenas franqueábamos un anfiteatro, se ofrecía otro á nuestra vista tan triste y desolado como el anterior. A cada vuelta del camino nos parecía llegar al fin de nuestro viaje, pero la Santa Sión se ocultaba siempre á nuestros ardientes deseos. Al fin, habiendo llegado á la cima de la última meseta de la montaña, dijo Fr. Liévin: «¿Ven aquellos almenados muros flanqueados de cuadradas torres tras de las cuales se elevan algunas puntas de edificios? ¡Pues ved ahí á Jerusalén!» Al oir estas palabras, un fuerte estremecimiento producido por la emoción y el deseo nos agita; bajamos del carruaje, nos arrodillamos, besamos el suelo santificado por la presencia del Hombre-Dios, y repetimos con entusiasmo el grito de los cruzados: ¡Jerusalén! ¡Jerusalén!